

Microgeografías afectivas del Centro Histórico en *Fundada en el tiempo, aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* de Vicente Quirarte

Affective Microgeographies of the Historic Center in *Fundada en el tiempo, aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* by Vicente Quirarte

Sara María Gálvez Mancilla

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Lerma
sm.galvez@correo.ler.uam.mx

Resumen. La ciudad abordada por la literatura trasciende el escenario narrativo, se trata de una estructura espacial que moldea la experiencia y también los afectos. Este artículo analiza *Fundada en el tiempo, aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* de Vicente Quirarte (2014) como una propuesta de lectura microgeográfica de la ciudad partiendo de los planteamientos de los teóricos en estudios urbanos Alicia Lindón y Vincent Berdoulay sobre la co-construcción sujeto-lugar, el papel del relato y la centralidad de la experiencia vivida por el sujeto-cuerpo-emoción. Con una escritura poética y ensayística Quirarte transforma el Centro Histórico de la Ciudad de México en un lugar vivido (no en un espacio inerte), en el que se despliega una intensa economía afectiva que transita entre el amor y el temor. Así, la obra propone una ética del habitar basada en la memoria y resistencia frente a las problemáticas urbanas. De este modo, el análisis muestra cómo la narrativa literaria brinda aportes a la comprensión de las dimensiones sensibles y experienciales del espacio urbano.

Palabras clave. Ciudad de México; literatura; microgeografía urbana; cartografía afectiva; vida cotidiana.

Formato de citación. Gálvez Mancilla, Sara M. (2026). Microgeografías afectivas del Centro Histórico en *Fundada en el tiempo, aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* de Vicente Quirarte. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 16 (1), 33-45.

Recibido: 19/01/2026; **aceptado:** 16/05/2026; **publicado:** 27/05/2026
Edición: Ciudad de México, 2026, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Abstract. The city as addressed through literature transcends its role as a narrative backdrop; it is a spatial structure that shapes experience and emotions. This article analyzes *Fundada en el tiempo: Aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* by Vicente Quirarte (2014) as a proposal for a microgeographical reading of the city, based on the approaches of urban studies theorists Alicia Lindón and Vincent Berdoulay on the co-construction of subject-place, the role of narrative and the centrality of the experience lived by the subject-body-emotion. With poetic and essayistic writing, Quirarte transforms Mexico City's Historic Center into a lived place (rather than an inert space), where an intense affective economy unfolds, oscillating between love and fear. Thus, the work proposes an ethic of inhabiting based on memory and resistance in the face of urban problems. In this way the analysis shows how literary narrative enables access to an affective cartography of the city, contributing to an understanding of the sensitive and experiential dimensions of urban space.

Keywords. Mexico City; literature; urban microgeography; affective cartography; quotidian life.

(...) amarte aun después de la batalla
aunque mañana al despertar otra vez nos preguntemos
aquí estamos, Ciudad, para qué diablos
(Quirarte, 2014, p. 15).

Introducción

La ciudad abordada por la literatura trasciende el escenario narrativo, se trata de una estructura espacial que moldea la experiencia y también los afectos. Este artículo analiza *Fundada en el tiempo, aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* de Vicente Quirarte (2014) como una propuesta de lectura microgeográfica de la ciudad partiendo de los planteamientos de los teóricos en estudios urbanos Alicia Lindón y Vincent Berdoulay sobre la co-construcción sujeto-lugar, el papel del relato y la centralidad de la experiencia vivida por el sujeto-cuerpo-emoción. Con una escritura poética y ensayística Quirarte transforma el Centro Histórico de la Ciudad de México en un lugar vivido (no en un espacio inerte), en el que se despliega una intensa economía afectiva que transita entre el amor y el temor. Así, la obra propone una ética del habitar basada en la memoria y resistencia frente a las problemáticas urbanas. De este modo, el análisis muestra cómo la narrativa literaria permite acceder a una cartografía afectiva de la ciudad, aportando a la comprensión de las dimensiones sensibles y experienciales del espacio urbano.

El vínculo entre literatura y ciudad no se limita a una relación meramente funcional para que la historia que se cuenta tenga un espacio donde desarrollarse. Dicho lugar moldea la experiencia de los personajes, afecta sus cuerpos, afectos y formas de relacionarse. En ese sentido, en múltiples textos literarios aparece el espacio urbano como una estructura activa que interpela la realidad de sus habitantes. Este espacio condiciona la percepción, organiza trayectos, cuestiona decisiones y participa en la constitución identitaria (individual y colectiva). Partiendo de lo anterior, la literatura resulta un campo privilegiado para acceder a componentes del espacio urbano que exceden los registros materiales.

Las acepciones con las que la geografía humana ha definido el entorno habitado devienen de reflexiones y conceptos en discusión continua. En los estudios contemporáneos se ha manifestado la necesidad de distinguir entre *espacio* de *lugar*, entendiendo el último como una construcción en la que emergen significaciones resultado de la vivencia.

Ramírez Velázquez y López Levi (2024) explican que el surgimiento de *lugar* como categoría se remonta a la década de 1970 como parte de la escuela humanista en donde se consideró lo siguiente: “Se trata de la apropiación simbólica de una porción del espacio geográfico por parte de una agrupación social determinada, que es un elemento constituyente de su identidad.” (Ramírez Velázquez y López Levi, 2024, p. 161). Asimismo, retoman a autores como Creswell para clarificar la noción de espacio como un elemento más abstracto mientras que lugar emerge como una categoría situada.

Siguiendo con la idea, los teóricos Vincent Berdoulay y Alicia Lindón insisten en la centralidad del sujeto como ente activo en la configuración del lugar, ya que este deviene de interacciones complejas en las que resulta imposible separar persona, cultura y espacio, “Es por ello que se puede actualizar la noción de lugar, para no disociarlos y captarlos en un mismo movimiento. Mediante la resolución de las tensiones tenemos una cofabricación del sujeto y del lugar.” (Berdoulay, 2002, p. 55).

Este “mismo movimiento” al que refiere Berdoulay, en el que se co-construyen sujeto-lugar, tiene cabida también gracias al relato. El relato, funciona como procedimiento discursivo que ayuda a ordenar la realidad de un determinado modo, lo anterior

sitúa al sujeto en el centro de las preocupaciones, puesto que es éste el que resuelve las tensiones a las que está sometido, fabricando sus propias síntesis, fruto del tejido de los múltiples lazos que ha podido entablar entre sus aspiraciones y los elementos pertinentes de su entorno natural y humano. (Berdoulay, 2002, p. 56).

Así, la narrativa producida no es meramente una forma de expresar su realidad sino sobre todo una forma de conocimiento que al articular experiencias, significados y emociones permite a los sujetos constituirse con y para el espacio habitado. Partiendo de estos planteamientos se observa a la literatura no solo como forma narrativa ficcional sino también como productora activa y componente fundamental de la ciudad en sus diferentes escalas.

El enfoque de la microgeografía que propone Alicia Lindón (2008) parte de la concepción de la ciudad como un ente en constante movimiento donde las geografías de la vida cotidiana son centrales para comprender su permanente transformación. Esta perspectiva permite acceder a capas de la ciudad desde escalas reducidas. Las vivencias y recorridos personales devienen en atmósferas que por pequeñas que parezcan, articulan la experiencia afectiva de habitar la ciudad. En ese sentido, este cruce disciplinar invita a pensar y estudiar la ciudad más allá de su materialidad para observar otros elementos simbólicos y afectivos que la sostienen y que no son fácilmente observables.

Desde este marco, se analiza *Fundada en el tiempo, aires de varios instrumentos por la Ciudad de México* (2014) de Vicente Quirarte, poeta, ensayista y cronista mexicano, quien además de dicha obra, durante algunas décadas ha desarrollado una literatura profundamente conectada con la Ciudad de México y su Centro Histórico, lugar en el que nació (1954). Entre algunos de sus libros se pueden mencionar *Elogio de la calle: biografía*

literaria de la ciudad de México, 1850-1992 (2001), *Amor de ciudad grande* (2011), *México, ciudad que es un país* (2018), entre otros. En su antología el autor invita a vivir esta ciudad que es de uno y de todos, invita: “Camina esta ciudad que te ha hecho suyo” (2014, p. 34), a lo que se podría añadir: -y que cada quien ha hecho suya-.

Metodológicamente, este trabajo se desarrolla desde una perspectiva hermenéutica e interdisciplinaria que articula estudios literarios y geografía humana. El análisis se centra en una selección de poemas en los que se identifican experiencias urbanas situadas en el Centro Histórico de la Ciudad de México. La selección de los textos respondió a la presencia de escenas cotidianas, recorridos urbanos, vínculos afectivos y procesos de apropiación espacial que permiten observar la co-construcción sujeto-lugar planteada por la geografía humanista.

A partir de ello, la noción de microgeografía afectiva se emplea como una herramienta analítica para examinar cómo la escritura literaria registra escalas íntimas de la experiencia urbana mediante emociones, memorias, desplazamientos y formas de habitar. Debido a ello, el análisis privilegia fragmentos, atmósferas y relaciones sensibles que revelan la dimensión vivida del espacio urbano.

Lugar, experiencia y afectividad urbana: aportes desde la geografía humana

Para la geografía humana contemporánea el espacio no es pre-existente al ser humano, pues su vivencia y sus prácticas lo moldean, producen y sostienen. Sin embargo, dicha producción, al ser cultural se encuentra en constante transformación. De manera que, este trabajo parte de la comprensión del lugar como una construcción socioespacial compleja que se produce desde las experiencias, las prácticas y sus sentidos. Dicha postura implica el reconocimiento fundamental de la persona en la constitución del espacio urbano, en palabras de Berdoulay (2012):

la espacialidad de los seres humanos provoca que se construyan como tales en el proceso mismo de su interacción con el entorno: modelan los lugares que les permiten sostener esta interacción y, recíprocamente se ven transformados por ellos. Lugar y sujeto aparecen así inextricablemente ligados; se instituyen mutuamente. (p. 50).

En consonancia con dicho enfoque se encuentra el concepto de microgeografía. Alicia Lindón (2008) establece la necesidad de superar enfoques tradicionales en los estudios urbanos que perciben al espacio como algo estático. Por el contrario, llama a considerar a la ciudad como algo que se construye a cada instante por el movimiento cotidiano que es efímero y que no se reduce a desplazamientos físicos en el territorio. En su crítica

Todas estas aproximaciones tradicionales sobre la ciudad, cultivadas largamente por la Geografía Urbana, parecen sostenerse sobre un implícito: que esos fragmentos de la ciudad se vivieran de una única forma y de manera estática, como si en ellos no hubiera sujetos que actúan constantemente, haciendo y rehaciendo cada lugar en todo momento. (Lindón, 2008, p. 4).

De manera que, en contraposición a la *Pantópolis*, es decir, a la expansión urbana sin límites, propone a la microgeografía como una forma de estudiar la ciudad basada en unidades de análisis más experienciales, puesto que de la manera en la que se vive y se usa el lugar este se torna distinto. La vida urbana se mueve y dota de nuevas vidas a las materialidades que pudieran parecer estáticas.

La consideración anterior, implica para los estudios de lo urbano desafíos metodológicos que pueden ser superados mediante la fragmentación del espacio estudiado en pequeños fragmentos de ciudad en los que se articula sujeto-entorno y donde pueden rastrearse claves para la comprensión de lo social. Metafóricamente se puede entender la microgeografía como un microscopio a través del cual se mira un organismo, pero en lugar de intentar aprehenderlo en su totalidad se centra en una célula, para comprender cómo ésta en su despliegue interno otorga vida al cuerpo entero.

Ahora bien, esta microescala no se vuelve transparente de inmediato, la observancia de *hologramas socio-espaciales* (Lindón, 2008) requiere una actitud activa e imaginativa de quien investiga, para lo cual la literatura puede ser un terreno fértil para la construcción conocimiento de lo urbano. La obra de Quirarte funciona como una ventana a los escenarios callejeros que interesan a la microgeografía, para la cual no basta con reconocer qué hay y quién está en la calle, sino el conjunto de prácticas cambiantes que ahí se despliegan. Como sostuviera Yi-Fu Tuan (1977), hay un pacto original entre cuerpo y espacio que los vuelve indisolubles.

“Mañana te espera la ciudad”, así versa la primera línea del poema *For no one* (Quirarte, 2014, p. 53), una breve pero compleja sentencia. ¿Qué es exactamente lo que espera? ¿por qué espera? En términos deleuzianos se podría explicar que la ciudad no aguarda pasivamente, es un organismo vivo, afectado y afectante. Un cuerpo que como cualquier otro está en constante devenir con potencias cambiantes que dependen de diversas conexiones: “El devenir sensible es el acto a través del cual algo o alguien incesantemente se vuelve otro (sin dejar de ser lo que es)” (Deleuze y Guattari, 1997, p. 179).

La incertidumbre de la espera no es de uno, consigna una relación incierta en la que parece brindar pertenencia al tiempo que oculta sus secretos, se resiste a ser plenamente descifrada, aunque se ofrece como experiencia. Esta dialéctica de co-afectación se hace presente en los textos de Quirarte, sus palabras construyen una ciudad cuyo sentido es metamórfico frente a la interacción con otros cuerpos. Así, cada vivencia del autor vertida en su poesía muestra una deriva continua. Demuestra que en la relación sujeto-lugar la ciudad se renueva a cada instante y con cada paso. Para Quirarte en el destino de uno está el destino de ambos, lo cual imprime una fuerte dimensión política a su trabajo donde se reconoce la agencia de los actores urbanos.

El marco teórico propuesto en este trabajo permite poner en relieve un giro desde el cual se observa la urbe. Pues más allá de mirar las estructuras estáticas de la ciudad sin marcos vivenciales, se propone colocarse en un lugar privilegiado: el de la calle, donde los transeúntes hacen y rehacen ciudad entre prácticas y afectos. Pero ¿cómo se organiza esta experiencia basada en interacciones? Para responder a esta pregunta, tal como se adelanta en la introducción, se retoman los planteamientos del geógrafo Vincent Berdoulay sobre el papel del relato en el binomio sujeto-lugar. Para el autor el relato sirve de estrategia discursiva que permite a los sujetos organizar su experiencia espacial mediante narrativas que imprimen ciertos significados en los lugares que habitan. El espacio es pues producto de una actividad creadora.

Entre las múltiples formas narrativas está la escritura. Esta se erige como un puente mediador que vuelve inteligible el mundo, transforma el espacio urbano en un lugar vivido, y, por tanto, susceptible a ser leído e interpretado. El autor, actúa como un lector especializado de la ciudad capaz de traducir transformaciones espaciales, sociales y emocionales del entorno urbano en vivencias.

Esta concepción permite a la práctica literaria trascender su dimensión de representación mimética de la ciudad, hacia una práctica de producción de lugar en la que el sujeto se sitúa al centro “Él es quien tiene que dar coherencia a su mundo y, de igual manera, construir y reconstruir su identidad” (Berdoulay, 2002, p. 55), para Berdoulay narrar es actuar y por ende, evidencia de la agencia que tiene. En ese sentido hace énfasis en el arte como un terreno privilegiado para la acción: “el arte, ámbito de actividad y creación cultural por excelencia, sirve como revelador de los procesos poéticos que conforman los lugares.” (Berdoulay, 2002, p. 56).

Ahora bien, la persona que narra y se narra no es solo cuerpo. Alicia Lindón (2009) profundiza esta línea de reflexión al proponer al “cuerpo y las emociones como una ventana para comprender la construcción social de la ciudad” (p. 6) y como parte integral poco reconocida del sujeto-habitante. Su propuesta consiste en “pensar la producción y reproducción socio-espacial de las ciudades a partir de las microsituaciones

singulares desplegadas por el sujeto habitante con su corporalidad (sujeto cuerpo) y emotividad (sujeto sentimiento)” (Lindón, 2009, p. 7).

De esta manera, habitar no se limita a una relación abstracta o meramente funcional con el espacio sino también una relación de afectos que configuran la experiencia situada sin la cual la ciudad no sería lo que es. Lindón introduce la noción de sujeto sentimiento para dar cuenta de esa dimensión afectiva de la que también deviene el espacio urbano.

Desde esta perspectiva, los poemas y ensayos contenidos en la antología objeto de este estudio, de cuyas letras emanan sentimientos como el odio, amor, nostalgia, miedo, deseo, entre otros, no son elementos secundarios, sino componentes estructurales de la experiencia espacial en la Ciudad de México. Esto es a lo que se ha denominado en el texto como economía afectiva, es decir, una forma de organizar los distintos modos de habitar la realidad reconociendo que en la acción de habitar se despliegan afectos que deambulan entre los más contrastantes sentimientos.

Es importante puntualizar que la emoción no es objeto que reside meramente en lo individual, sino que se produce por efecto de su circulación y contacto. Esto es algo en lo que ha profundizado Sara Ahmed quien se ha interesado por la socialidad de la emoción, explica:

El afecto no reside en un objeto o signo, sino que es efecto de la circulación entre objetos y signos (=la acumulación de valor afectivo). Los signos incrementan su valor afectivo como efecto del movimiento entre ellos: mientras más signos circulan, más afectivos se vuelven. (2015, p. 82).

Para Ahmed, las emociones no se limitan a existir en el cuerpo individual, sino que modelan y se materializan en la superficie de lo colectivo. Entonces la construcción socioespacial de la ciudad no se fabrica con en las decisiones y relaciones económicas o políticas, sino a partir de una economía afectiva que separa y une las fronteras del uno con el otro en un escenario urbano-arquitectónico que no es el campo de juego sino un agente más. De esta manera los pequeños barrios y calles del Centro Histórico de la Ciudad de México no existen únicamente como unidades funcionales o administrativas, sino como espacios vividos que condensan cuerpos, emociones, conflictos y significados que nunca son enteramente individuales.

Este cruce de miradas y perspectivas posibilitan aproximarse a la obra de Vicente Quirarte como una microgeografía afectiva de la ciudad. Conocer “el lugar” requiere desentrañar el relato y la experiencia que le dan vida, y si esta experiencia -como ya se explicó- es corpórea y afectiva, entonces leer su obra es también una alternativa para habitar la ciudad, no solo para el disfrute, sino también para la construcción de conocimiento sobre lo urbano. En los apartados siguientes se analiza algunos poemas a la luz de estas discusiones para identificar cómo la operación literaria transforma el espacio urbano en un lugar fundado en el tiempo, la memoria y la resistencia afectiva.

Calle nuestra: la producción afectiva del lugar

Mucho se ha hablado de la Ciudad de México como una protagonista del cine, de la literatura o de otros productos culturales, pero ¿qué implica la casi inocente idea de la ciudad como “protagonista” o incluso tan solo un personaje? Supone concebirla como un componente activo, dotado de agencia, capaz de afectar y de ser afectada. Y es precisamente esta vida la que vierte Quirarte en sus construcciones literarias. Tal es el caso del poema *Calle nuestra*. Desde el título mismo hay una postura paralelamente poética y política que se deslinda de la idea de que el espacio urbano es separado al sujeto. Es decir, introduce una tensión persistente entre lo propio y lo ajeno, lo público y lo privado.

Ese espacio que nombra como “nuestro” no refiere a una posesión material o jurídica sino a una apropiación afectiva. La calle no existe por sí misma, existe en la medida que es vivida y significada. Algo semejante a lo

planteado por Julio Cortázar en su novela *Libro de Manuel*, publicada por primera vez en 1973, cuando escribía: “Un puente es un hombre cruzando un puente, che.” (Cortázar, 2004, p. 30).

¿Qué sería entonces un puente, una calle o un parque que no es vivido y relatado? El escritor argentino no es el único que se ha formulado esta pregunta. Y para responderla quizá no haya mejor camino que el de la poesía. El novelista y poeta francés George Perec radicaliza el problema al afirmar que el espacio es, ante todo, una duda:

Tales lugares no existen, y como no existen el espacio se vuelve pregunta, deja de ser evidencia, deja de estar incorporado, deja de estar apropiado. El espacio es una duda: continuamente necesito marcarlo, designarlo; nunca es mío, nunca me es dado, tengo que conquistarlo. (Perec, 2001, p. 139).

Quirarte continúa el poema con una mayor complejidad, la calle no solo es nuestra, sino que es múltiple, su sentido y su ser no se cierra nunca. El poema activa un proceso dialéctico en el que el espacio urbano se constituye como lugar a través de la experiencia. El autor sugiere que la ciudad no puede aprehenderse mediante una emoción aislada o una imagen idealizada, la ciudad se nos regresa en reflejos y espejismos.

La ciudad se devela como un caleidoscopio. Una realidad urbana fragmentaria que se refleja en sus superficies irregulares y accidentadas como los charcos que quedan después de la lluvia. Para el autor la ciudad es siempre una imagen dislocada que no puede atraparse en una única postal. Para ello basta mirar con atención lo disímiles que pueden ser una calle u otra, o el contraste presente frente a la opulencia de ciertos barrios y la miseria de otros. Es decir, así como una imagen se disloca en otras, “la verdad” de la ciudad se descompone y emergen múltiples realidades imperfectas.

La segunda parte del poema espesa la perspectiva microgeográfica desde la cual el autor piensa y vive la ciudad. Con gran sensibilidad y humildad se aleja de la concepción especialista y monumental desde la que otros estudiosos han observado esta multiestudiada urbe. Su poema reivindica una ética de la experiencia cotidiana fundada en el cuerpo que camina y en la afectividad que se expone al caminar.

De la afirmación de que es necesario “armarse de valor para aceptar que repetimos lo que otros han escrito mejor”, podrían desprenderse variadas interpretaciones. Más allá de hacer referencia a una modestia literaria, se hace presente la exigencia por desplazar la idea de un saber erudito hacia un saber situado, donde cada pequeña historia es “la verdad”. Retomando a Berdoulay, el poema funda una ciudad que no se constituye únicamente a partir de discursos oficiales o narrativas canónicas sino en la vivencia cotidiana de alguien que desde su intercambio con la ciudad construyó un relato menor que lo es todo.

En la aparente mínima acción de caminar-narrar se da la apropiación del espacio que no es por la vía del dominio sino por la vía de la conexión e intercambio. La apropiación de la calle resulta, en términos de Lindón, por mediación de prácticas sensibles en las que se afirma la existencia de un sujeto-cuerpo-emoción.

César Rodríguez Chicharo vuelve a casa: duelo, memoria y transformación urbana

En el poema *César Rodríguez Chicharo vuelve a casa* hay una ciudad que se edifica sobre una base dialéctica de co-afectación, comienza: “La ciudad ha cambiado y yo con ella” (Quirarte, 2014, p. 30), esta frase expone una relación de mutua transformación entre el sujeto y el espacio urbano. Una vez más se hace presente la agencia mutua que se actualiza a cada instante, pues ni la ciudad ni quien la habita permanecen idénticos a lo que fueron en otro instante.

La relación que se establece entre sujeto-lugar no es unívoca, cambia con el devenir y esa transformación está inevitablemente ligada a la muerte, entendida no necesariamente como una muerte orgánica, sino como una experiencia metamórfica en constante movimiento. Así, cada que uno cambia -ya sea el sujeto o el espacio- hay la pérdida de una configuración previa del mundo compartido, es decir, una pequeña muerte. En ese sentido, cada variación supone la desaparición parcial de una ciudad vivida y, simultáneamente, el surgimiento de otra.

Por tanto, en el acto de habitar hay un duelo perpetuo que es en sí mismo político porque es colectivo. Para Judith Butler (2006) el duelo revela la interdependencia y vulnerabilidad compartida. Para la autora, estas características desdibujan el “yo” para colocar en su lugar un “nosotros”, pues la identidad que vive el duelo se constituyó a partir de vínculos. Aunque Butler refiere únicamente al duelo experimentado entre seres humanos, esta noción puede ampliarse si partimos de que el ser humano es resultado de un entramado de interacciones humanas y no humanas cuya desaparición pone en marcha procesos de pérdida y reconfiguración del habitar.

Desde esta perspectiva, hay muerte perpetua pero paralelamente germina una memoria en construcción que acumula recuerdos y vivencias que no se conforman con ser solo eso. Esos patios, soles y limoneros que recuerda Quirarte de su infancia en este poema, no se conforman con existir solo como recuerdos, son microrelatos que se vuelven parte de la vida de la gran ciudad. De esta manera, el pasado deviene en relato que sigue dando forma a la ciudad que es de todos, porque la calle nunca es exclusiva del “yo”. Se amalgaman los relatos y recuerdos en una masa anónima cuya conciencia de alteridad afianza al lugar como una sustancia compartida y abierta.

Lo anterior, recuerda al agudo poema *Estancias nocturnas* de Xavier Villaurrutia. En él se cimenta una experiencia urbana y existencial en un estado de suspensión en el que el espacio recorrido se convierte en duda. El protagonista se encuentra sonámbulo circulando entre el sueño y la vigilia, entre la muerte y la vida. En esa condición -que no es solo psicológica sino espacial-, la ciudad nocturna se instituye como un territorio que solo existe en la medida en que es recorrido por un cuerpo que duda de su propia realidad y se pregunta por la existencia de otro (que todavía no nace). “¡Seré polvo en polvo y olvido en olvido!

Pero alguien, en la angustia de una noche vacía,
sin saberlo él, ni yo, alguien que no ha nacido
dirá con mis palabras su nocturna agonía.”
(Villaurrutia, 2014, p. 62 y 63).

Tanto en Villaurrutia como en Quirarte hay una angustia que parece doler en solitario pero que en realidad es asistida por otros, y donde la ciudad no solo posibilita la experiencia compartida, sino que es parte esencial de ella. Así como quienes la habitan, también padece la incertidumbre, finitud, transformación, lutos y nacimientos. La urbe es entonces pieza inevitable de esa comunidad afectiva donde se da el encuentro con la alteridad.

Ciudades: cuerpo, tránsito y comunidad efímera

Al reflexionar sobre el espacio privado y el espacio público, el arquitecto Iván Hernández Quintela (2019) hace una clara distinción entre lo privado y lo íntimo, para él “lo íntimo busca, aunque de manera sutil, ser compartido. El espacio íntimo (...) se va encontrando en un umbral de confianza en donde lo privado pasa a ser intencionalmente compartido” (p. 12). ¿Qué tendría que ver este postulado con la calle o con el espacio público? y además ¿por qué es pertinente para abordar el poema *Ciudades* de Vicente Quirarte?

En el poema se hace referencia tanto al espacio doméstico como a la calle, el protagonista sale de su casa para exponerse “al afuera”. Lleva consigo una carga íntima que no se disuelve al cruzar el umbral, sino que se proyecta con fuerza sobre el espacio público. Cuando Hernández Quintela se plantea las preguntas “¿dónde reside el límite de lo íntimo? y ¿cuál es la espacialidad de la intimidad?” (p. 13), podría decirse que la intimidad se mueve continuamente en un campo de comunicación entre lo interno y lo externo.

En el poema que versa: “Sales a la calle, te haces parte del ruido” (p. 33), se observa una disolución de ese que era adentro pero que ahora está fusionado con algo más. Es importante señalar que en ese desplazamiento no hay anulación de la intimidad, la ciudad la recibe y modula. Es como si el habitante se

entregara voluntariamente a otra forma de “estar”. En ese paso, el individuo se integra a una masa heterogénea de cuerpos, edificios, sonidos, movimientos y a un ritmo inaprensible.

El tránsito de un lugar a otro activa un mecanismo de transformación de todos los actores. El paseante se vuelve parte de la ciudad y de la colectividad anónima a veces solitaria, otras solidaria. La ciudad posibilita encuentros y fomenta reconocimientos. Así, lugares como los cafés, cantinas y las calles sostienen vínculos e identidades compartidas. Sin embargo, luego de esa identificación y sentimiento de pertenencia, otra vez la incertidumbre: “cuando todo es tuyo, es tiempo de dejarlo” (Quirarte, 2014, p. 34).

Hay un vértigo en este poema con el que puede identificarse todo aquel que después de haber andado la ciudad vuelve a casa. Cuando parece que has domado a la bestial ciudad, esta se apresura desfallecer, a ser otra. Esta conciencia de la transitoriedad atraviesa todo el texto, donde Quirarte insiste en que los lugares, y en particular las calles, se construyen “a golpe de paso”. Y así después de caminar, vivir, regresas a tu espacio cerrado con la llave que abre las puertas ocultas y nuevamente en esa actividad reconstituyes con descanso tu ser de la vertiginosa andanza.

Esta condición inevitable de fugacidad de la que es presa la urbe, no detiene a Quirarte. Para el cronista de las calles caminar la ciudad es una pericia requerida para apropiarse de ella. En consonancia con la noción de sujeto habitante de Alicia Lindón, la acción de caminar y apropiarse se hace desde la experiencia corporal y afectiva y, por tanto, es un eje fundamental en la construcción socioespacial de la ciudad -que es en esencia movimiento-.

La armada invencible: los cines como refugios afectivos

La experiencia popular es para Quirarte la columna vertebral de la ciudad. Prueba de ello es *La armada invencible* cuyo foco son los antiguos cines de la Ciudad de México que durante los años dorados de la industria fílmica se erigieron como centros importantes de recreación, encuentros y otras historias. En este poema los describe como refugios afectivos donde la soledad, el amor correspondido, el deseo y otras emociones encuentran cobijo.

La armada invencible de grandes cines (Ópera, Metropolitan, Palacio Chino, Teresa, etc.) se describe como un conjunto de enormes y deteriorados barcos que no tienen mar ni puerto pero que sobreviven entre ruinas cargados de cuerpos e ilusiones (principalmente de la clase popular). En estos espacios, la ciudad se reconfiguraba como comunidad afectiva, aunque fuera de manera transitoria.

El costo de entrada al cine resultaba insignificante frente al valor de la experiencia. En estos espacios tan importantes para la constitución identitaria de los mexicanos, se observaban largas jornadas de permanencia voluntaria de quienes deseaban la evasión, el descanso y la posibilidad, siempre necesaria, de soñar dentro de la ciudad. “El cine era el alimento de los sueños” (Bartra, 2017, p. 13). Más que magnánimas construcciones, se trataba de un refugio afectivo y colectivo, donde acompañados por tortas, refrescos, palomitas, muéganos y pepitas, la imaginación encontraba un lugar para desplegarse en medio de las vicisitudes de la vida urbana.

La paulatina desaparición y declive de los cines no se traduce en una pérdida definitiva. Se mantienen con vida gracias a las funciones sociales de la memoria (Benjamin, 2008) entre las que destaca su papel como fuerza activa y transformadora de la realidad. Esto explica cómo el pasado recordado continúa dando forma a la ciudad presente. Como afirma el propio Quirarte, “así nos acabamos, así nacen otros”.

La ciudad, como la escritura y las imágenes con las que se erige, arde y se transforma constantemente, dejando restos que alimentan nuevas formas de experiencia urbana. “Pero, para saberlo, para sentirlo, hay que atreverse, hay que acercar el rostro a la ceniza. Y soplar suavemente para que la brasa, debajo, vuelva a emitir su calor, su resplandor, su peligro.” (Didi-Huberman, 2013, p. 36).

Plaza Mayor: centralidad simbólica y microgeografía del habitar

En la Ciudad de México, si podemos hablar de un lugar en el que se condensa una gran cantidad de ritmos y movimientos es en la Plaza Mayor del Centro Histórico. Pese a ser un espacio donde material y simbólicamente se ha concentrado el poder, también convergen formas y tensiones cotidianas que le dan forma. Vicente Quirarte conoce bien este “centro de centros” y sabiendo tanto su peso simbólico como su materialidad cotidiana, lejos de reproducir una mirada monumental o historicista, el poeta desplaza el énfasis hacia una lectura microgeográfica del lugar.

Desde una posición elevada, el Hotel Majestic, el autor sitúa su mirada estratégicamente para obtener una visión general de la plaza que articula distintas escalas. Desde la parte superior de los portales comerciales, Quirarte registra, tanto la monumentalidad institucional como los gestos mínimos de la vida cotidiana, esos en los que interactúan cuerpos, objetos, emociones, fricciones y, desde ahí, construye su propio relato.

En su poema se compenetran escenas aparentemente menores que adquieren una fuerte densidad simbólica: los albañiles que se sientan en la esquina surponiente de la Catedral Metropolitana a la espera de trabajo; la irrupción de una mujer que atraviesa la plaza y altera momentáneamente la quietud del grupo; la presencia del Palacio Nacional al fondo, y, más allá, la silueta de los volcanes que anclan el paisaje urbano a una identidad territorial más amplia. Estos elementos no aparecen jerarquizados, sino entrelazados en una misma estructura poética.

Lo micro y lo macro se hacen presentes de manera dialógica en esta maniobra literaria. El escritor dedica espacio a las palomas que rasgan ansiosas el cielo y a la magnitud de la plaza, pero no por ello descuida lo mínimo: el cuerpo que espera, el gesto que interrumpe, la mirada que se cruza, la sorpresa que asalta lo cotidiano. De este modo, fragmenta y recompone el espacio urbano en una serie de microgeografías que, lejos de dispersarse, construyen un paisaje afectivo complejo y único.

Como en *La armada invencible*, el movimiento entre escalas no busca la totalidad abstracta, sino la comprensión situada del lugar a partir de la experiencia. Resulta significativo que Quirarte eluda deliberadamente una descripción monumental de la Plaza Mayor. No se detiene en la historia secular de la Catedral Metropolitana, en la solemnidad de sus torres neoclásicas ni en la horizontalidad de la plancha central; tampoco recurre a gestas, epopeyas o discursos heroicos. En lugar de ello, funda la centralidad del espacio en la experiencia cotidiana del sujeto que lo habita.

La cotidianidad, lejos de agotar el sentido del lugar, se convierte en la fuente misma de su vitalidad. En el *Tratado de geografía*, Alicia Lindón (2016) destaca la relevancia para la disciplina de la observancia de la vida cotidiana, propone una geografía «de» la vida cotidiana y no solo «en» ella, lo que implica que la cotidianidad es el núcleo desde el cual se comprende la espacialidad. Así, la Plaza Mayor no se cierra a un discurso magnánimo, sino que se renueva constantemente en la experiencia de quienes la recorren.

For no one: cuerpo, deseo y apropiación afectiva de la ciudad

¿Cómo cifrar la relación que existe entre la persona y su entorno? En el poema *For no one*, Vicente Quirarte propone una respuesta que sacude el plano abstracto para conducirlo al ámbito de la experiencia corporal y afectiva. La ciudad se revela a través de los sentidos: el aliento, el fulgor de la mirada, el ritmo del caminar. El compás de la experiencia urbana no lo marca el trazado de las calles ni la cartografía oficial, sino las piernas que sostienen ese universo en movimiento. La ciudad se vuelve inseparable del cuerpo que la recorre.

En el cuerpo del texto afirma: la ciudad “será tuya”, pero no por eso dejará de ocultar sus secretos. Esta paradoja puede abordarse desde los planteamientos de Berdoulay sobre la concepción del lugar como una formación incompleta y siempre en proceso. El lugar no se entrega como totalidad ni se agota en un conocimiento objetivo, sino que se construye paulatinamente a través del relato y la experiencia vivida.

La apropiación de la ciudad no pasa por su mando absoluto, sino por el vínculo afectivo que el sujeto establece con ella. En pocas líneas logra entrelazar la materialidad urbana con el sentir más íntimo de quien la vive. Así, la ciudad deja de ser un escenario inerte y se convierte en una entidad viva, capaz de transformarse y rejuvenecerse a partir de la presencia del habitante.

Mañana la ciudad será tuya.
Te negará secretos,
no te dirá su nombre ni tus mapas.
Mas paulatinamente, como el cuerpo
añoso que en el jardín recibe la bendición solar,
hará de tu breve falda su bandera.
Mañana la ciudad será más joven,
con tu sangre en sus venas
y en el aire el perfume de tu nombre.
(Quirarte, 2014, p. 53).

Las últimas líneas refieren una paulatina transformación en la que la ciudad se alimenta de quien la habita como cuerpo y sentimiento. Es decir que el sentido del lugar se moldea y carga de intimidad no por las prácticas funcionales sino por otro tipo de transacciones como el deseo. Para nadie y para todos es este lugar que no es completamente legible, pero sí profundamente apropiable. La afectividad produce una forma de pertenencia que, aunque precaria y transitoria, funda el espacio como lugar existencial.

Conclusiones

La revisión de *Fundada en el tiempo, aires de varios instrumentos por la Ciudad de México*, confirma una experiencia urbana que no se ancla en la infraestructura física de la ciudad sino en la vivencia y percepción cultural del espacio. En este tenor, se sostiene que su obra constituye una lectura microgeográfica de la ciudad que pone al centro de dicha experiencia la vida cotidiana y afectividad que en ella se mueve. Con esta propuesta narrativa da lugar a una ética del habitar urbano.

La narrativa de Quirarte es profundamente personal, sin embargo, en el microcosmos que instaura, su relato no existe sin la alteridad. La ciudad es para Quirarte ese encuentro necesario con el otro. Por ello su pluma es sumamente política, es su ciudad y la de los otros. Se trata de un territorio compartido, tejido por miradas, cuerpos y afectos que se intersecan constantemente y de cuyo encuentro se hace ciudad. Desde esta perspectiva de la ciudad como una colisión constante entre afectados y afectantes, los tropiezos, tensiones y contradicciones son forzosos.

Una lectura sensible del lugar no puede hacerse de manera lineal y tersa, existen múltiples capas y rugosidades que van integrando ese espacio en su momento presente siempre inestable y en devenir. Quirarte abraza la urbe desde esa complejidad con una mirada dialéctica y nos hace co-responsables del acontecer de la ciudad. El autor escribe al final de su obra:

Nunca como ahora hace falta, en cada uno de nosotros, y en nuestras acciones en apariencia más humildes, el héroe anónimo que con su acción de cada día consagra, eleva y dignifica nuestro común espacio. Leer la ciudad es defenderla. Vivirla es sostenerla. (Quirarte, 2014, p. 226).

Quirarte desgrana la ciudad y evidencia un espacio atravesado por tensiones afectivas: duele y repara, excluye y acoge, genera extrañamiento y pertenencia. Su carácter contrastante vuelve complejo cualquier intento de aprehensión total. ¿Ver, vivir, sentir o leer la ciudad? ¿Desde dónde aproximarse a aquello que nos hace sentir, simultáneamente, ajenos y parte? La propuesta del autor es una invitación a vivir-leer la ciudad, es decir, a abordarla desde la escala íntima y experiencial. Para ello, organiza los afectos con los que se vincula

personalmente al Centro Histórico mediante una serie de articulaciones que pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

1. **Fundamento autobiográfico.** Pone al centro la experiencia vivida por el sujeto como cuerpo y emoción para construir conocimiento sobre la ciudad. El cuerpo aparece como primera instancia de la experiencia espacial y como dispositivo epistemológico desde el cual se conoce y se narra la ciudad.
2. **Co-construcción sujeto-lugar.** El sujeto, al recorrer y observar, descifra signos urbanos y traduce obsesiones recurrentes; esta es una forma de actividad cultural del sujeto que fabrica el lugar mediante la resolución de tensiones.
3. **La ciudad como proceso.** El espacio urbano se presenta como una entidad abierta e inacabada, en constante reescritura. Los habitantes no consumen la ciudad, sino que participan activamente en su producción.
4. **Afectividad.** La fundación del lugar se da a través de una economía afectiva cambiante y compartida, que oscila entre polos opuestos y todo su espectro: amor y temor, arraigo y extrañamiento, etc.
5. **Perspectiva dialéctica.** La narrativa de Quirarte se construye desde tensiones no resueltas - individuo/colectivo, permanencia/desaparición, memoria/olvido- que revelan la complejidad y dimensión política de la experiencia urbana.
6. **Alteridad.** El lugar se configura en la interacción con los otros; habitar implica reconocer que la ciudad es afectada por múltiples presencias, y que dicha co-afectación transforma simultáneamente al espacio y a quienes lo viven.
7. **Ética del habitar urbano.** Hay un compromiso con y para la ciudad, con y para los otros que son co-responsables del devenir colectivo. Este se manifiesta en formas de apropiación de la ciudad como caminarla, descifrarla o narrarla desde el recuerdo.
8. **El papel del relato.** El relato opera como acción frente al olvido que transforma la vivencia pasada en presente y lo individual en público. Quirarte utiliza la narración como un procedimiento discursivo en el que confirma que la ética de su habitar radica en la persistencia de su vínculo con el lugar que lo constituyó.
9. **Representación fragmentada.** No hay una ciudad totalizante, sino una superposición de imágenes, tiempos y afectos que no se resuelven en una síntesis armónica. La Ciudad de México como un espacio abigarrado, donde cada fragmento multiplica las lecturas posibles.

Esta obra confirma que la comprensión de la ciudad no puede quedar restringida a arquitectos, geógrafos o urbanistas, los poetas y escritores aportan conocimientos fundamentales para pensar el habitar urbano en su dimensión más sensible y humana. Así como Quirarte, Carlos Monsiváis, cronista experto de la ciudad, centró sus esfuerzos en abrazar la ciudad desde sus imposibilidades, por ello, fue un gran coleccionista no solo de objetos, sino de microhistorias que dan espesor a la vida de la ciudad. Y así, podrían mencionarse muchos otros escritores que han realizado ejercicios similares.

Hay mucho que la geografía puede aprender de la literatura. Su capacidad para captar el movimiento de lo cotidiano y lo afectivo permite acceder a dimensiones del espacio que difícilmente emergen desde enfoques exclusivamente técnicos o materiales. El entrecruce entre ambos campos no solo es posible, sino profundamente fecundo.

La mirada de Quirarte se distingue por una modestia que evita la grandilocuencia. El poeta no se sitúa por encima de la ciudad, sino en uno de sus múltiples centros posibles, desde donde observa la ciudad y su verso, la ciudad y su sueño, la ciudad y su utopía. La obra es explícitamente un “testimonio de mi amor imposible por la Ciudad de México, cuyo nombre en la ortografía y en el alma inscribo con mayúscula.” (Quirarte, 2014, p. 11).

Bibliografía

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones* (C. Olivares Mansuy, trad.). Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Bartra, A. (2017). Sueños de papel. *El cartel cinematográfico mexicano de la época de oro*. (2.ª ed.). Universidad Autónoma Metropolitana.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* (B. Echeverría, Trad.; 1.ª ed.). Ítaca-UACM. (Obra original publicada en 1942).
- Berdoulay, V. (2002). Sujeto y acción en la geografía cultural: El cambio sin concluir. *Boletín de la A.G.E.*, (34), 51–61. <https://bage.age-geografia.es/ojs/index.php/bage/article/view/427>
- Berdoulay, V. (2012). El sujeto, el lugar y la mediación del imaginario. En A. Lindón & D. Hiernaux (Dir.), *Geografías de lo imaginario* (pp. 49–64). Anthropos Editorial; Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia* (F. Rodríguez, trad.). Editorial Paidós.
- Cortázar, J. (2004). *Libro de Manuel* (ed. de bolsillo). Punto de Lectura.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1997). *¿Qué es la filosofía?* (4.ª ed.; T. Kauf, Trad.). Editorial Anagrama.
- Didi-Huberman, G. (2013). *Cuando las imágenes tocan lo real*. Círculo de Bellas Artes.
- Hernández Quintela, I. (2019). *Acercamientos al espacio íntimo*. Universidad Iberoamericana.
- Lindón, A. (2008). Los giros de la geografía urbana: Frente a la pantópolis, la microgeografía urbana. *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XII (270). <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-270/sn-270-62.htm>
- Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: El sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1(1), 6–20.
- Lindón, A., y Hiernaux, D. (Dir.). (2016). *Tratado de geografía humana* (2ª ed.). Anthropos Editorial; Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Monsiváis, C. (2009). *Apocalíptico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Perec, G. (2001). *Especies de espacios* (2.ª ed.; J. Camarero, Trad.). Montesinos.
- Quirarte, V. (2001). *Elogio de la calle: biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992*. Cal y arena.
- Quirarte, V. (2011). *Amor de ciudad grande*. FCE, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.
- Quirarte, V. (2014). *Fundada en el tiempo: Aires de varios instrumentos por la Ciudad de México*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Quirarte, V. (2018). *México, ciudad que es un país*. Pre-Textos.
- Ramírez Velázquez, B. R., y López Levi, L. (2024). *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: La diversidad en el pensamiento contemporáneo*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Geografía; Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Tuan, Y. (1977). *Space and place: The perspective of experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Villaurrutia, X. (2014). *Obras: Poesía, teatro, prosas varias, críticas* (Prólogo de Alí Chumacero; recopilación de Miguel Capistrán, Alí Chumacero & Luis Mario Schneider). Fondo de Cultura Económica.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.